

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
ABRIL 2013

IN MEMÓRIAM

EL POETA POLIVALENTE

FERNANDO SAVATER

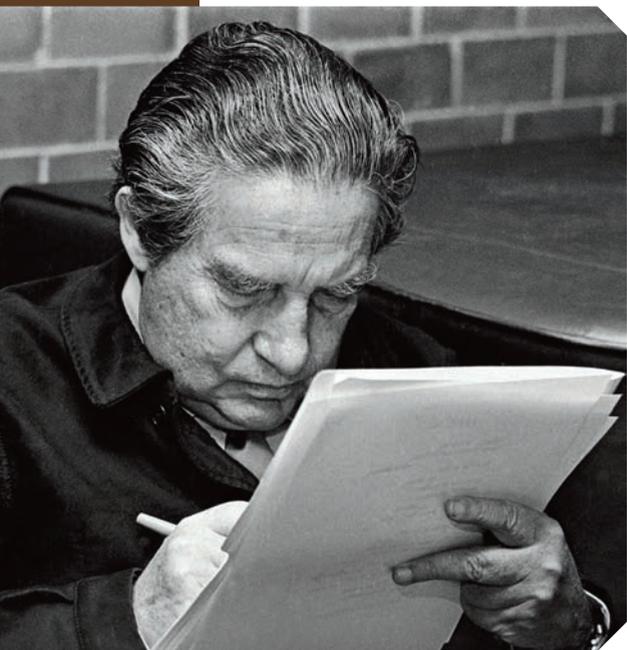
En sus *Pensamientos sobre la educación* (1693), una de las primeras reflexiones sobre el tema de la época moderna, John Locke advierte a los padres contra la tentación de fomentar en sus hijos la vocación poética o ni siquiera permitirla,

si se presenta espontáneamente: “Me parece por el contrario que los padres deberían poner el mayor celo en ahogar y reprimir esa disposición poética tanto como pudiesen; y no veo por qué un padre habría de desear convertir a su hijo en poeta, a riesgo de inspirarle repugnancia por las ocupaciones y los asuntos de la vida.” Dedicarse a los versos y las ensoñaciones que en ellos desembocan es convertirse en un inútil ante los serios trabajos y rentables desafíos que nos plantea la vida práctica: aún más —señala luego el filósofo empirista— lo más probable es que nos lleve a frecuentar ciertas compañías más bien desastradas e impropias de un verdadero *gentleman*. Ante el peligro de caer en la sima poética, John Locke arrumbaba la tolerancia que sin embargo recomendó en cuestiones religiosas...

Desde luego, Octavio Paz no siguió las excesivamente prudentes recomendaciones del pensador inglés. Pero también logró probar con toda su obra que en efecto esa afectación de prudencia era superflua. Porque Paz fue poeta, sin lugar a dudas, y aún para mayor precisión la tan temida “disposición poética” se hace evidente en todos los rincones de su obra y yo me atrevería a decir que también de su vida. Sin embargo, demostró que Locke se equivocaba al no ser en este aspecto tan

tolerante como en otros: y es que el poeta no se desinteresó de los asuntos de la práctica cotidiana ni sintió repugnancia por las ocupaciones que nos impone. Al contrario, su fervor poético le acercó al bullir colectivo de la existencia que compartimos en lugar de alejarle de ella. Puede decirse que la disposición poética de Paz fue cívica pero también civilizadora: se ocupó de los temas simbólicos que subyacen a la convivencia humana, de las pasiones que hay que conciliar y de los mitos que a través del tiempo ahorman las conciencias, pero no limitándose a una sola perspectiva ni a una tradición única: su curiosidad indagadora y su luminosa inspiración partieron de la entraña mestiza de México para luego recorrer las raíces de la “tradición de lo nuevo” europea y proyectarse a continuación siempre hacia Oriente a través de India, China o Japón. Es indudable que frecuentó compañías bohemias y pluriculturales que habrían alarmado a más de un *gentleman*, pero es que en el mundo hay cosas más importantes que gozar de esa consideración tan respetable...

Paz fue siempre poeta pero un poeta capaz de aplicarse a la antropología, a la observación social, a las exigencias y contradicciones de la política, a los imprescindibles desvarios de la urgencia erótica. Tuvo la generosidad inacabable de los espíritus amplios, que se vuelcan a cada paso sin vaciarse jamás. No solo llevó con bien empeños propios multiformes sino que capitaneó empresas de creación colectiva que marcaron un rumbo fecundo del que nos seguimos beneficiando a uno y otro lado del Atlántico. John Locke temió que los sueños poéticos desviasen la educación de sus propósitos más útiles y por eso los proscribió de su escuela ideal; pero Octavio Paz fue un educador de estilo más hondo y más ancho, porque empleó esos sueños como una vía para desvelar y no para adormecer, para hacer nuestra realidad más clara y no más borrosa. Después de todo ya otro gran poeta de múltiples dones nos advirtió que tales ensoñaciones son precisamente la urdimbre de la que los humanos estamos hechos. —



Fotografía: Rogelio Cuellar

+Una realidad más clara, no más borrosa.

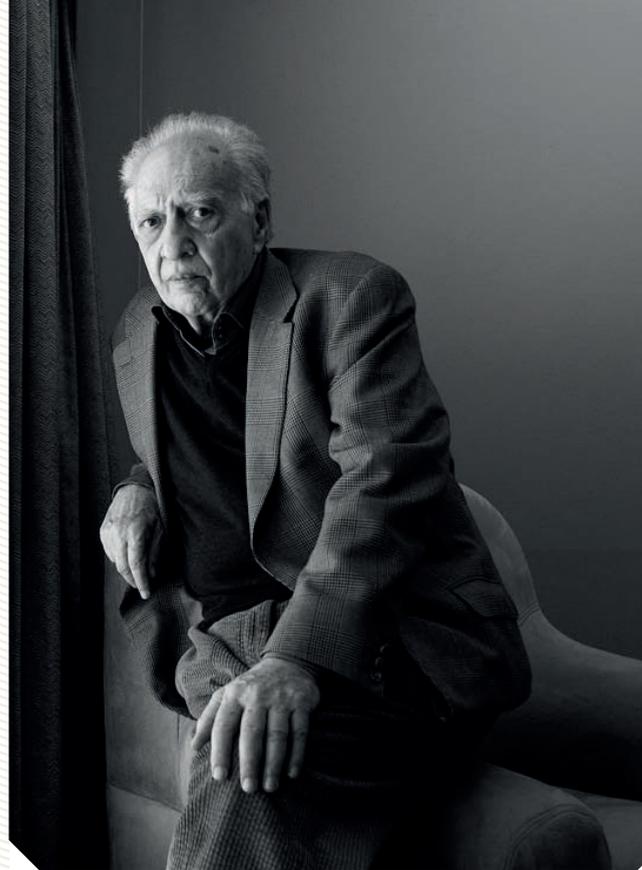
LITERATURA

MANUAL PARA DEVOTOS DE SERGIO PITOL

de MARIO BELLATIN

Los atardeceres en Times Square* tienen una exaltación particular que no se sabe bien si proviene de las cientos de personas que cruzan la esquina entre Broadway y la 42, o de los monstruosos avisos publicitarios que hacen de las gentes reales seres insignificantes y de los personajes que aparecen en los carteles el símbolo de la exaltación de lo humano. De pie en esta esquina, obstruyendo con mi cuerpo un devenir de personas tantas veces calculado en distintas oficinas de publicidad, traté de equiparar las relaciones entre lo anónimo y la representación con los recursos que suele utilizar Sergio Pitol para inyectarnos personajes memorables, basándose casi siempre en prototipos cotidianos que en la vida diaria incluso rehuiríamos con solo conocer un mínimo porcentaje de sus características. ¿Cómo es posible que un grupo de oligofrénicos, de seres viviendo en tristes realidades propias, atrapados en modos de vida casi siempre detestables, haciendo muchas veces gala de conductas ruines, se conviertan en nuestros personajes de cabecera? ¿Qué extraño y apasionante toque creativo es capaz de transformar hasta este punto lo verosímil? Existe una discoteca ubicada cerca de los muelles del río Hudson. Se le conoce como The Mother, aunque algunos asistentes la llaman con otros nombres aún más simbólicos. En algunas ocasiones la diversión consiste en ver a unos tipos apaleándose unos a otros en una muestra del gozo máximo que es posible alcanzar llevando a cabo una acción semejante. Al final de ese espectáculo en particular, suele aparecer un gigantesco corazón de vaca que es mordido furiosamente por los participantes. Pese a lo que algunos pudieran suponer, este show incita más a lo jocoso que a lo perverso. Creo que sería importante sentarse

a elucubrar en cómo es posible que se posicione la risa y la celebración en medio de las escenas grotescas que allí se representan. Después de una noche en The Mother y de un paseo voyerista por el muelle donde desemboca Christopher Street, quedan pocas ganas para ocuparse de los aspectos concretos de la vida. Tenía pensado utilizar ese día en tratar de descubrir de una vez por todas cuáles son realmente los artificios que usa Sergio Pitol para transformar la tragedia en carnaval y viceversa, en hacer que la bufonería más construida acabe en la más terrible de las desgracias. En la mochila yo llevaba durante esa jornada el *Tríptico de carnaval*. El ejemplar había pasado toda la noche conmigo. Las tres novelas reunidas en un solo volumen. Frente a mí había una jaula gigante reservada para que los perros del vecindario hicieran ejercicio y sus necesidades fisiológicas. Cada uno de los dueños lucía a manera de guante una pequeña bolsa de papel preparada para recoger los excrementos de sus mascotas. Era asombrosa la manera en que estaban atentos a la menor pose escatológica de sus perros. Aquellos habitantes, estaba seguro, sin saberlo a manera cierta, tenían que ser los hombres de The Mother, esclavizados en esta ocasión por las inmundicias de sus animales. Esos sujetos debían pertenecer a la misma familia del licenciado Dante G. de la Estrella, inmerso y finalmente fulminado por sus cuentos sobre mierda en *Domar a la divina garza*. Tenían a fuerza que ser devotos del Santo Niño del Agro, de la escatológica cofradía del Santo Niño Incontinente que tan genialmente describe Pitol quizás como una metáfora del fanatismo social cotidiano. Se disipó entonces la noche en vela. Se fue al diablo el plan de sentarse en el café a escribir sobre el *Tríptico de carnaval* que llevaba conmigo. Se desató entonces la verdadera catarsis. A partir de ese momento tanto el tiempo como el espacio cambiaron. Entré al espacio congelado de los personajes que desfachatadamente fornican bajo la luz de la luna en los muelles de Christopher Street, y en el de los



+Sergio Pitol, octogenario.

ampliados modelos expuestos en los carteles de Times Square. Comprendí entonces que la diferencia entre esos modelos y las cientos de personas que pasaban debajo se asentaba en las distintas proporciones temporales de cada uno de ellos. Eran desiguales porque contaban con tiempos propios, muy distintos entre sí. Creí hallar de ese modo, quizá sin quererlo, una de las claves de Sergio Pitol. El de la creación no de sucesos o personajes extraordinarios, sino el de la rigurosa construcción de espacios y tiempos alterados. ¿En dónde, en qué realidad pueden vivir seres como Marietta Karapetiz y su hermano Alexander, sino en la diseñada meticulosa y bizarramente por Sergio Pitol? Si bien es cierto todos creemos conocer o al menos haber oído hablar de una Jacqueline Cascorro, protagonista de *La vida conyugal*, al momento de enfrentarnos al *Tríptico de carnaval* nos damos cuenta de que es mentira. No hemos conocido ni llegaremos nunca a estar delante de una Jacqueline Cascorro real, lo que hemos percibido en la lectura es la exquisita sutileza de un escritor capaz de llegar a la cima más alta con el

*El Nueva York que busco retratar es aquel del año 2000.



+Adán y Eva, de Tiziano (1629).

70

LETRAS LIBRES
ABRIL 2013

aparentemente simple recurso de echar una fugaz mirada a lo fútil. Pero lo peor de todo es que no somos conscientes del engaño en una primera impresión. Tal vez reparemos en la estafa solo cuando meses después de la experiencia tengamos a Jacqueline Cascorro como modelo para juzgar a tal o cual persona. ¿En qué momento un personaje de esa naturaleza se convierte en un emblema que usaremos quizá durante toda nuestra existencia?, puede ser la pregunta. El reto que se impone Pitol es peligrosísimo, pues para nuestra desgracia hay demasiados Migueles del Solar, Emmas Werfel, Delfinas Uribe y Nicolases Lobato en el mundo. Es una aventura tan arriesgada que la mejor prueba de la genialidad de este maestro es lo cada vez más vigorosa que se vuelve su prosa después de hacer prodigios con figurones de esta calaña. En la manera en que han sido domados estos caracteres humanos. En la forma en que nos enfrentamos a los horrores de lo cotidiano con la satisfacción del niño que se muere de gozo después de haber aplastado con

una piedra a un caracol. Quizá sea una buena idea confeccionar, con los hallazgos que uno puede ir encontrando en la obra de Sergio Pitol, un manual para sobrevivir a situaciones donde lo farsesco y lo siniestro formen parte de lo mismo. Donde no sepamos si llorar, desesperarnos o lanzar una carcajada estridente. Mientras tanto prendámosle una vela y ofrendémosle un laxante a Nuestro Santo Niño del Agro, que parece lo necesita con urgencia para no seguir siendo embarrados con la realidad tal como se nos presenta de manera cotidiana. —

DEBATE REFLEXIONES SOBRE EL LIBRE ALBEDRÍO

✎MARÍA TERESA GIMÉNEZ BARBAT

En una entretenida polémica,¹ nuestro más conocido filósofo se ha enzarzado con nuestro más conocido periodista a propósito de un tema de la mayor trascendencia: el libre albedrío. Era una cuestión en la que llevaban largo tiempo discrepando y parece que se ha calentado con la lectura de *Incógnito* (Anagrama, 2013) de David Eagleman, libro que populariza de forma amena (a pesar de internarse en territorios dudosos queriendo establecer paralelos entre la física cuántica y la consciencia) algunos de los trabajos y autores más importantes en el campo de la neurociencia. ¿Somos dueños de nuestros actos o marionetas que creen decidir? Fernando Savater se inclina, como “filósofo de guardia”, en palabras de Espada, por los dictados estrictos de su disciplina, y Arcadi Espada abraza, “con triunfal desconcierto”, en palabras de Savater, la versión más taxativa de las conclusiones, siempre provisionales, de los científicos.

Entiendo a Savater. No ha venido la neurociencia a levantar “la tapa de los sesos” (Espada *dixit*) en un momento muy oportuno. Además de

los obstáculos que han puesto en el camino de la responsabilidad personal y colectiva las teorías derivadas del relativismo, o la desactivación de los mecanismos de defensa sociales que supone el nihilismo, ahora, desde la ciencia, cae en descrédito del concepto de libre albedrío. Si algo caracteriza los últimos cuarenta años es un clima en el que la responsabilidad personal ha dejado de ser valorada. En *La tentación de la inocencia* (Anagrama, 1996), Pascal Bruckner sostiene la tesis de la perfecta atmósfera de irresponsabilidad, de desculpabilización que flota en Occidente desde, más o menos, los años setenta. Hasta hace poco, debido a que las teorías geneticistas estaban totalmente desacreditadas por una izquierda que “apostaba” por la moldeabilidad sin fin del hombre, el modelo imperante de elusión de responsabilidad había sido la *nurture* por encima de la *nature*. O sea, el de la educación o ambiente más que el de la naturaleza. El padre alcohólico, el vecindario pobre y violento. Soy rebelde porque el mundo me hizo así. ¿Y ahora nos dicen los de la *nature* que no existe el libre albedrío? Pues no. Nos dirigen genes, cerebro, hormonas y eventualidades diversas pre- y posnatales. En un universo determinista, donde a cada efecto le corresponde una causa, somos rehenes del pasado.

Y nos cuentan historias y experimentos muy convincentes. El famoso caso de Phineas Gage, el hombre que cambió como un calcetín como resultado de un terrible accidente que le afectó el lóbulo frontal, fue seminal en los estudios sobre el libre albedrío y la moral. Por no hablar del conocido experimento de Libet, en el que se demuestra que no solo el cuerpo se prepara para la acción instantes antes de que el individuo tenga conciencia de ello, sino que la actividad cerebral correspondiente se activa incluso antes. Patricia Churchland, neurofilósofa de reconocido prestigio, se encuentra entre los abogados de la imposibilidad del concepto tradicional de libre voluntad.² En su artículo “The Big Questions: Do We Have Free Will?” cita el caso de un hombre

¹ Véase http://cultura.elpais.com/cultura/2013/03/11/actualidad/1363027547_480427.html y <http://www.elmundo.es/blogs/elmundo/elmundopordentro/2013/03/13/la-filosofia-y-la-brocha.html>

² Patricia Smith Churchland, *Brain-Wise: Studies in Neurophilosophy*, The MIT Press, 2002.

que tenía conductas sexuales compulsivas, que resultaron deberse a un tumor en su hipotálamo. Al ser extirpado, el paciente recuperó su conducta sexual normal.

Efectivamente, este tipo de casos hace que nos cuestionemos la idea de una voluntad libre, desde el momento en que la misma puede ser “usurpada” por un tumor. En rigor, la manera en que la voluntad de este hombre se vio afectada por la dimensión biológica es la misma que afecta a todos los seres humanos en cualquier circunstancia. ¿Dónde está la libertad de la que hablan los filósofos? ¿Dónde está la persona dueña de sus actos?

Arcadi Espada sostiene esta misma tesis y es un reconocido abogado de la inexistencia de una verdadera responsabilidad personal. Pues, sin hablar de accidentes y yendo a la mera dotación cromosómica, ¿qué culpa tendría un delincuente de poseer unos genes concretos, que se activan de una manera concreta, solos o en compañía de otros? ¿Tiene sentido un edificio de la justicia asentado en la atribución de la culpa y de su castigo? El delincuente sería producto de una concatenación previa de circunstancias que lo convertirían, en sentido estricto, en no responsable.

En el estado del conocimiento científico actual, sobre todo en el campo de la neurociencia, la balanza se inclina mucho más a favor de las tesis “arcádicas” que de las “saverianas”. Pero esto abre un inquietante panorama. ¿Hasta dónde nos lleva todo esto? ¿Son viables desde el punto de vista de la supervivencia los pretextos ambientales o genéticos para acabar con la responsabilidad personal? “Fuera de la esfera de la responsabilidad individual no hay ni bondad ni maldad ni oportunidad para el mérito moral”, dijo Hayek. Que se erosione la idea de responsabilidad personal hunde todo el edificio de la estructura social.

Se impone, pues, repensar la cuestión del libre albedrío. Algunos investigadores e intelectuales como el fallecido Martin Gardner simplemente creen que el concepto es irresoluble pero “una ficción útil” e indispensable. Sugiere que la pregunta “¿Existe el libre albedrío?” es similar a “¿Por

qué hay algo en vez de nada”? o “¿Qué es el tiempo?”. Aunque estemos sujetos a las leyes de la naturaleza y a las fuerzas de la cultura que dan forma a nuestros pensamientos y conductas, ¿podríamos ser agentes morales responsables de nuestras acciones? Es lo que opina el catedrático Adolf Tobeña cuando habla³ de “de grados de libertad” al hacer referencia a una autonomía transitoria y constreñida al elegir nuestro cerebro entre un conjunto de predicciones. Como dice Michael Shermer en su libro *The Science of Good and Evil*, “ninguno de nosotros puede conocer totalmente la casi infinita red que determina cada una de nuestra vidas individuales”. En cierto sentido todos podemos elegir, y siempre es una elección con un gran grado de incertidumbre en la que la idea del bien y del mal surge de forma espontánea y natural.

Estamos determinados, pero libres. ¿Es un pleonismo, una contradicción? Un universo determinista nos impediría serlo, pero Daniel Dennett⁴ advierte de que en un universo en el que solo contara el libre albedrío, donde la gente estuviera totalmente libre de influencias deterministas, no habría lugar para la modificación de las malas conductas. El libre albedrío extremo solo traería caos social. Y Steven Pinker juzga que “no hay razón por la que debiéramos rendirnos en nuestro intento de mejorar la conducta humana por el simple hecho de que ahora tengamos una comprensión más amplia de los mecanismos de la tentación”.

Ahora sabemos mucho más sobre la mente. Sabemos hasta qué punto venimos al mundo con las cartas marcadas. El problema puede ser irresoluble como afirma Gardner, pero también nos advierten de que el suelo que pisamos no es nada más que un gran vacío cuántico y no se nos ocurre saltar de un quinto piso. La responsabilidad personal y la asunción de la propia culpa están en la base de cualquier relación social con posibilidades de continuidad. La fuerte experiencia de la libre voluntad también es una institución social porque la atribución

de responsabilidad y todo lo que conlleva son los bloques fundacionales de las modernas sociedades abiertas. La doctrina clásica del determinismo asegura que la elección es una ilusión, que cualquier cosa que hagamos tiene un historial de causas antecedentes. Naturalmente, si eso fuera así, la ética sería imposible. No es factible socialmente eludir las consecuencias de las propias acciones, a menos que hablemos de individuos con patologías demostradamente incapaces, con la etiología o la mezcla de ellas que pudieran arrastrar. Lo que llamamos libre albedrío tal vez necesite una revisión y un cambio de denominación, pero es la base de la convivencia en un mundo de animales sociales donde cada uno ha de cargar con las propias acciones. —

TRADUCCIÓN AMOR ES IRONÍA

✎ AURELIO ASIAIN

En 1938 Jorge Luis Borges celebraba la reciente versión de Arthur Waley del *Shi King* o *Libro de los Cantares*:

Hacia 1916 resolví entregarme al estudio de las literaturas orientales. Al recorrer con entusiasmo y credulidad la versión inglesa de cierto filósofo chino, di con este memorable pasaje: “A un condenado a muerte no le importa bordear un precipicio, porque ha renunciado a la vida.” En ese punto el traductor colocó un asterisco y me advirtió que su interpretación era preferible a la de otro sinólogo rival que traducía de esta manera: “Los sirvientes destruyen las obras de arte, para no tener que juzgar sus bellezas y sus defectos.” Entonces, como Paolo y Francesca, dejé de leer. Un misterioso escepticismo se había deslizado en mi alma. Cada vez que el destino me sitúa frente a la “versión literal” de alguna obra maestra de la literatura china o arábiga, recuerdo ese penoso incidente...

La identificación irónica del amor con el escepticismo es más que una broma: apunta al corazón mismo del

3 <http://www.terceracultura.net/nc/?p=2581>

4 Daniel Dennett, *Elbow Room: The Varieties of Free Will Worth Wanting* (The MIT Press, 1984).

pensamiento literario de Borges. El párrafo no pone en duda la posibilidad de la traducción sino la aspiración a la literalidad, y cabe inferir (algún departamento universitario de estudios culturales inoculará ya la idea) que insinúa una crítica a la superstición de la traducción directa. En cualquier caso, como Paolo y Francesca, Borges no quedó suspendido en el pasmo, sino que tuvo una revelación. Podemos tocar al otro precisamente porque es otro. Traducir es posible porque el original no puede reproducirse. Tampoco puede reproducirse la experiencia del texto en otro lector. Pierre Menard es un absurdo.

Una vez puesta entre comillas la “versión literal”, Borges traduce un puñado de poemas chinos traducidos por Arthur Waley, sin duda uno de los traductores más notables de la historia, insospechable de literalidad. Fue Waley quien acuñó el término “transcreación”, usufructuado mucho después por Haroldo de Campos. En su versión del *Genji monogatari* (es fama que una vez leído cabalmente cada capítulo lo vertía al inglés sin volver a poner la vista en el original) Waley retoca, rehace, suprime, añade, reescribe y recrea de un modo inadmisiblemente para un purista, pero creando al cabo una novela enormemente atractiva para los lectores de su época y que todavía hoy, casi un siglo después, se lee con tanto deleite como las de Proust o Henry James.

A la versión de Waley se deben tanto la popularidad y el prestigio occidental del *Genji* como, en gran medida, la concepción moderna de la sociedad Heian como un mundo de naturaleza eminentemente estética, y aun la identificación de ese relato como una *novela*. Cuando Borges dice que la obra de Murasaki Shikibu “es propiamente una novela psicológica” y que “en Europa sería inconcebible antes del siglo XIX”, o cuando Octavio Paz anota que los cortesanos de la era Heian “se movían por la vida con una ligereza danzante”, no describen desde luego la literatura japonesa sino por mediación de su lectura de la versión inglesa de Arthur Waley. No hay en ello ningún esnobismo provinciano;

o, si se quiere, no lo hay más que en la comparación que hizo Edith Wharton del final del *Genji* con los últimos capítulos de *À la recherche du temps perdu*, o en las citas entusiastas de Virginia Woolf de frases que son creación pura del traductor. ¿El *Genji monogatari* es pues una invención de Arthur Waley y habría que considerar su versión como una novela inglesa decimonónica, una de las mayores de su especie? Solo en parte lo primero, y lo segundo solo a condición de no olvidar que esa novela es a la vez un avatar, uno de los muchos avatares posibles, de un relato japonés del siglo X. El traductor opera un traslado, un trasplante, no una suplantación ni un plagio.

No es infrecuente que los apologetas de Arthur Waley justifiquen su forma de traducir por la necesidad de acercar al lector a un original remotísimo. Equivocadamente.

Hace poco publiqué en uno de mis blogs (aurelioasiain.com) mi versión de un poema muy conocido de Don Paterson (el original puede encontrarse fácilmente en internet):

LA POESÍA

Como el ciego diamante guarda una chispa del primer fuego del planeta presa en su red de hielo para

[siempre,

no queda en la poesía el calor

[del amor

sino apenas el átomo del amor

[que la extrajo

del silencio: y si prenden las

[brasas encendidas

de su amor, el poeta oye su voz

[de pronto

impostada: un cantante de bar,

[un jactancioso

de su hondo sentimiento,

[o naufrago de violines;

pero si es más estable la luz

[que arroja, sabe

que cuando llegue al fin sonará

[el verso puro

anónimo y sereno como fuente

[en el monte.

Bajo el cielo de azul indiferente,

[el agua

canta y no canta nada:

[no tu nombre, no el mío.

Referí al pie de mi versión que el poema pertenecía a *The Eyes*, pero omití el subtítulo de ese libro: *A Version of Antonio Machado*. Ninguno de los lectores de mi versión, que yo sepa, reconoció el primer original. Es la séptima de las *Nuevas canciones a Guiomar*:

Que apenas si de amor el ascua

[humea

sabe el poeta que la voz engola

y, barato cantor, se pavonea

con su pesar o enluta su viola;

y que si amor da su destello, sola

la pura estrofa suena,

fuelle de monte, anónima y serena.

Bajo el azul olvido, nada canta,

ni tu nombre ni el mío, el agua santa.

Sombra no tiene de su turbia escoria

limpio metal; el verso del poeta

lleva el ansia de amor que

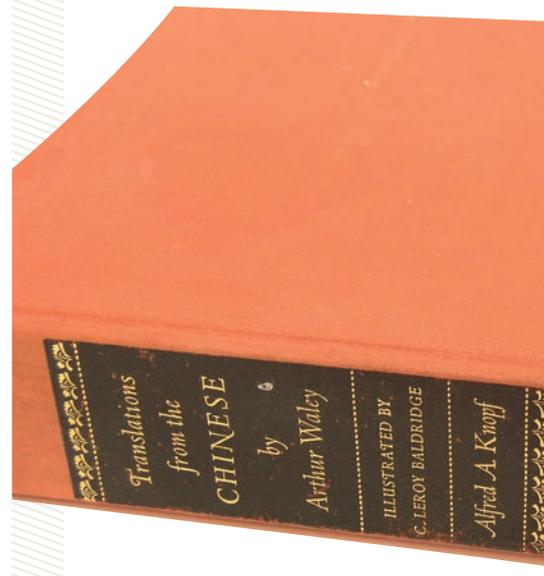
[lo engendrara

como lleva el diamante sin memoria

“frío diamante” el fuego del planeta

trocado en luz, en una joya clara...

Mi versión es casi lineal. La de Paterson, “un poeta notable por la maestría con que maneja las formas clásicas”, retoma en cambio las imágenes del original y, sin dejar de ser fiel a la geometría de atracciones, oposiciones y tensiones que unen unas con otras, las dispone en un orden distinto, tanto o más eficaz, para crear otro poema que, siendo un nuevo poema, es explícitamente una versión de otro. Esta forma de traducción creadora es común a otros poetas de la generación de Paterson. Buena parte de los poemas de Robin Robertson, por ejemplo, son recreaciones: de Ovidio o de



Nonnus pero también de Neruda o de Montale. Ni uno ni otro predicán una poética del plagio. Ambos crean una poesía estricta y originalísima que surge como relectura de la tradición inmediata y remota y muchas veces, explícitamente, como traducción creadora. —

CIENCIA SOBRE EL MÉTODO CIENTÍFICO: UN BREVE APUNTE

JAVIER OZÓN

Este artículo debe encabezarse con una concisa nota curricular: soy profesor en la universidad española y, por tanto, ejerzo la docencia y la investigación. Empiezo aquí para dejar constancia de que lo que sigue no es fruto de lecturas o digresiones teóricas sino lo que he visto con mis ojos en veinte años de carrera. Mi especialidad la conforman la teoría de grafos —que es a su vez una rama de la matemática discreta—, las redes de comunicación y la aplicación de técnicas *heurísticas* a la resolución de problemas complejos, algunos, en la práctica, presuntamente irresolubles. Es por esto que leí con gran interés el artículo que Gabriel Zaid publicó en el número de marzo de esta revista bajo el título “Heurística” y que, como todo lo que escribe este autor, me parece un patrón de inteligencia.

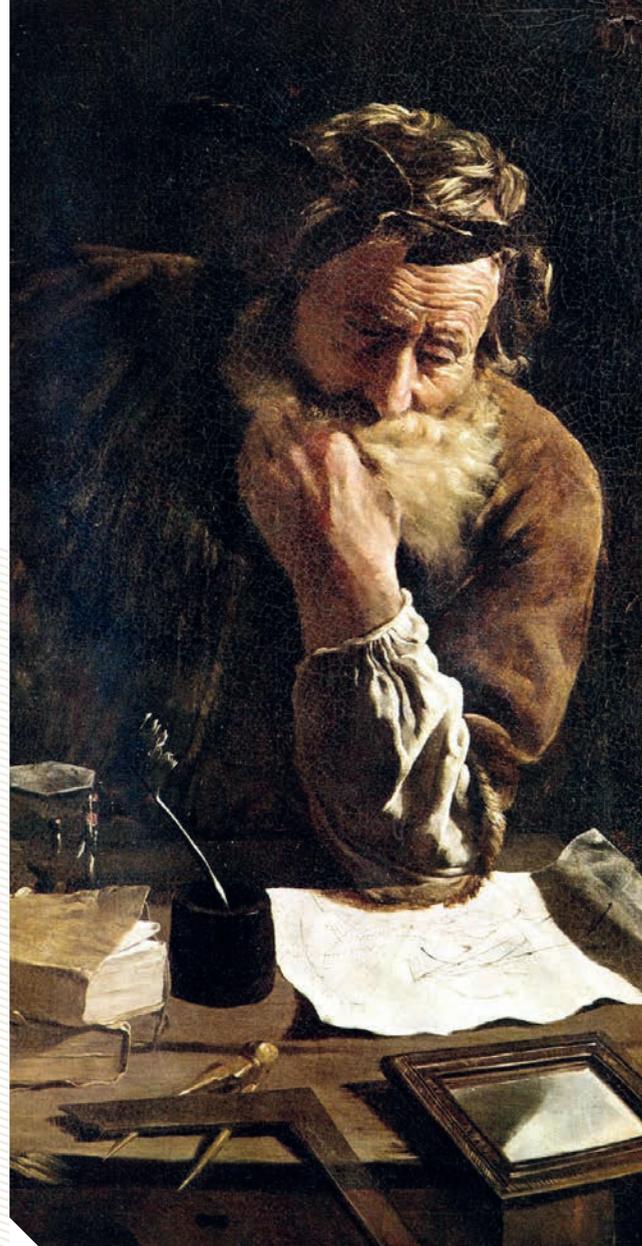
Digo esto porque no pretendo rebatir sino matizar unas líneas que me llamaron la atención y que pueden llevar a confusión. Cuando refiere el célebre episodio en que Arquímedes toma unos baños y descubre su método para medir el volumen de un cuerpo sólido, Gabriel Zaid se pregunta: “¿Descubrió ese método siguiendo algún método? La inspiración repentina, ¿es un método científico?” En mi modesta opinión, es una pregunta con un pequeño defecto de formulación o que, cuando menos, puede malinterpretarse. Pues quien se cuestiona esto parece estar considerando el destello de Arquímedes como una excepción, lo

cual no es cierto. E insisto: no insinúo que Zaid lo vea así —extremo que queda claro cuando cita a Poincaré en un párrafo posterior— sino que un lector despistado puede pensar que Zaid entiende la anécdota de los baños como una salvedad del proceso científico, cuando más bien es la norma. Así que esta breve nota no se dirige a Gabriel Zaid sino a su probable lector distraído.

Los científicos, para llevar a cabo descubrimientos, no están obligados a seguir un método. Es más, en rigor, jamás siguen un método *sensu stricto* y aunque pretendan seguirlo se permiten todo el rato —aun sin proponérselo— meandros, atajos, rodeos y un sinfín de excepciones. No es baladí que uno de los más famosos ensayos del siglo xx sobre ciencia lleve el revelador título de *Contra el método*. O que Karl Popper, para “demarcar” o determinar lo que es la actividad científica, se desentienda del proceso —o método— empleado y analice únicamente la naturaleza del descubrimiento, que según él ha de cumplir un requisito: ser refutable empíricamente.

El método científico se refiere, grosso modo, a la forma de exponer los resultados de un trabajo, no a la forma en que se accedió a ellos. Uno puede llegar a tales resultados como prefiera, esto es, a través de procedimientos arbitrarios. Como por ejemplo, tomando un baño (Arquímedes). O viéndole sentido a un sueño en que un ofidio se enroscaba sobre sí mismo (Kekulé). O por azar (Röntgen). Dicho de otra forma: aunque raras veces se especifica, el método científico sirve para representar ordenadamente los resultados de un proceso pero no para representar el proceso en sí, que siempre es caótico y sinuoso —como nuestro cerebro— incluso cuando se trata de la más deductiva de las ciencias: las matemáticas.

Por mi profesión, he tratado decenas de matemáticos y no puedo dar noticia de ninguno que obtuviera resultados —en su caso, teoremas, proposiciones, corolarios, etcétera— mediante la secuencia lógica presentada en sus artículos sino a través del tanteo y error, la intuición,



+Arquímedes: tanteo y error.

comprobación, reinterpretación, analogía formal, refutación por contraejemplo, iluminación, o cualquier otro mecanismo útil —incluida la simulación por computador o el error feliz— se ajuste o no a la ortodoxia del método. Es decir, producir teoremas no es una labor muy distinta a la composición de un minuetto. Así que el método es lo que se muestra o se ve, no lo que fue. O, si se prefiere, una representación maquillada y ordenada de lo que fue, en aras de una mayor claridad. Y también: una muestra de respeto al lector en la que no se menciona el baño sino el descubrimiento que el baño propicia.

En suma: la ablución de Arquímedes es la norma que luego se viste de método. —

PERFIL CIUDADANO HEARST

NAIEF YEHYA

El mito de William Randolph Hearst lo presenta como un villano casi perfecto: “padre del periodismo amarillista”, propagandista que usó sus diarios para promover su carrera política (fue elegido congresista en 1902 y 1904 pero fracasó en las elecciones por la alcaldía de la ciudad de Nueva York, la gubernatura de ese estado y la presidencia), para involucrar al país en una guerra e incluso para provocar un magnicidio. Sin embargo, su historia está repleta de exageraciones, falsificaciones y contradicciones dignas de los relatos esperpénticos que sus diarios hacían pasar por información.

En 1880 el magnate minero George Hearst recibió en pago por una deuda de juego el periódico *San Francisco Examiner*, el cual le interesó muy poco. Pero su hijo único William Randolph se entusiasmó con la idea de dirigir uno, de modo que se lo pidió. En 1887 su padre aceptó a regañadientes ya que prefería que su hijo se ocupara de sus intereses mineros y a partir de ahí la historia de los Hearst y la ficción filmica creada por Orson Welles en *Ciudadano Kane* (1941) se entrecruzan, poniendo en evidencia que la realidad en el siglo xx a veces es inseparable de su eco en la pantalla.

William R. Hearst compró el mejor equipo disponible para imprimir el que llamaría “el monarca de los diarios”, contrató a las mejores plumas del país y se enfocó en transformar las noticias en historias de coraje y cobardía, en dramas intensos y sublimes donde los hechos no debían obstaculizar una buena narrativa. El *Examiner* comenzó a tener éxito y en 1895 Hearst compró el entonces decadente *New York Journal* con el cual entró a competir en el mercado de su maestro, Joseph Pulitzer. La contienda se dio en el terreno del sensacionalismo, de la distorsión, la exageración y la información convertida en alegato frenético para incendiar a las masas. De esa manera el periodismo entraba al siglo xx por la puerta del entretenimiento.



+Uno de los padres del periodismo amarillo.

Hearst infló los tirajes del *Journal* hasta alcanzar el millón de ejemplares para aplanar al viejo Pulitzer. Pero el objetivo de Hearst no tenía precedente y su ambición era construir un poderoso imperio mediático, el cual en su momento cumbre tenía veinte diarios y once dominicales. Uno de cada cuatro estadounidenses se informaba o desinformaba en sus páginas. Hearst sabía que en el siglo xx no bastaba con controlar la palabra a través de periódicos y revistas, por lo que extendió su imperio al adquirir estaciones de radio, invirtió en la televisión y produjo numerosas películas.

En 1898 Hearst lanzó en el *Journal* una campaña enfebrecida que duró cerca de dos años para convencer a la opinión pública de la urgencia de declararle la guerra a España que era la potencia colonial en Cuba. Los recuentos hablaban de violaciones, mutilaciones, asesinatos y, por supuesto, masacres de bebés. Por su parte el *New York World* no dudaba en hacerle eco contando historias de horror de los españoles en el Caribe. Entre la propaganda diseminada por Hearst destaca el relato de Evangelina Cossío y Cisneros, de diecisiete años, que había intentado llevar a la cama a un oficial español para asesinarlo. El empresario pensó que esa era

la heroína que necesitaba para crear un folletón romántico que conmoviera a las masas, el símbolo de una nación cautiva, la “Flor de Cuba” y el prototipo de la doncella en peligro. Hearst manufacturó una historia inverosímil, cursi y descabellada en forma de melodrama por entregas en sus páginas que concluía con un rescate espectacular por empleados de *The Examiner*. Esto es lo que Hearst denominaba el periodismo de acción, caracterizado por un presunto compromiso con las causas populares.

El público estaba preparado para una guerra cuando en febrero de 1898 tuvo lugar la célebre tragedia del Maine, un acorazado estadounidense que explotó por razones desconocidas en el puerto de La Habana, matando a 266 marinos. Inmediatamente se responsabilizó a los españoles del sabotaje y el acto fue usado como la justificación para el ataque. Cuando la guerra estalló, Hearst trató de enrolarse como comandante de la marina pero fue rechazado. Así que se lanzó a Cuba con reporteros y un cinematógrafo a bordo de su propio yate. Aparte de pretender hacer periodismo, Hearst capturó a veintinueve soldados españoles y mandó una carta al rey de España dándole sus condiciones para la paz. Pocos años más tarde

Hearst escribió que alguien debería darle un balazo a William McKinley. El 6 de septiembre de 1901, poco después de su reelección, el anarquista Leon Czolgosz le disparó al vigésimo quinto presidente de los Estados Unidos dejándolo gravemente herido para morir pocos días más tarde.

Se compara seguido a Hearst con Rupert Murdoch, y se les imagina como símbolos de la concentración de los medios en unas cuantas manos. Aparte de las obvias similitudes, se trata de dos magnates con objetivos muy distintos. Ambos compartían la visión de los medios como herramientas políticas, ambos creían en la acumulación de medios y los dos representan la perversión del oficio. William Randolph Hearst, nacido hace ciento cincuenta años, un 29 de abril de 1863, muere en 1951, a los 88 años, y aparentemente su última palabra no fue “Rosebud”. —

CIENCIA EL PAPEL DEL AMATEUR

✎ CARLOS CHIMAL

Los ejemplos notables de cooperación entre aficionados a una ciencia dura y los profesionales del asunto son casi inexistentes. Poco más de trescientos cincuenta años de experimentación baconiana, donde la navaja de Occam ha sajado las plantas de los pies de todos aquellos que

han intentado caminar sobre su filo sin más que buena fe y esperanza, nos permiten comprender por qué no podría ser de otra manera. Incluso los más tozudos creyentes en las bondades de la ciencia contemporánea y los secretos maravillosos que se esconden detrás de ella jamás lograrían iniciar una simbiosis creativa sin contar con varios cientos de miles de dólares y un ejército de técnicos diligentes respaldándolos. Esto hace algo más que poner en evidencia el abismo que aún separa las grandes corporaciones científicas, esto es, el enjambre de instituciones y laboratorios de clase mundial, de la gente de la calle. Nos condena a ser meros espectadores de la fiesta.

Quizá uno de los últimos y genuinos actos de aportación del simple aficionado a la gran ciencia fue el del francés Sadi Carnot. Fugaz estudiante de ingeniería militar, en 1831 comenzó a estudiar por su cuenta las propiedades físicas de los gases y vapores, sobre todo la relación entre temperatura y presión. Pero los constantes llamados a las armas minaron su salud y en junio de 1832 contrajo escarlatina. Dos meses más tarde fue atacado por el cólera y murió a los 36 años de edad. Aunque tuvo cierto reconocimiento en vida por sus *Réflexions*, tuvieron que pasar diez años para que su obra fuera revalorada.

Desde que la ciencia se convirtió en una empresa compleja y desafiante en los términos más puramente intelectuales, el enorme trecho entre el lego y las personas comunes y corrientes se abrió más y más debido a una simple cuestión de tiempo. Para estar a la vanguardia hay que tener tiempo. Dicho de otra manera, hay que saber aprovecharlo al máximo. Y si uno tiene que pagar cuentas, cuidar abuelas y bebés, difícilmente podrá lidiar con constructos imaginarios e hipótesis factibles. Y para comprobarlas se requiere de un escenario sofisticado, cuyo apetito de horas y semanas es voraz.

Así las cosas, no creería uno que existen algunas esferas de la actividad científica donde se permite la colaboración con comunidades de aficionados, tradicionalmente entrenadas por la antigüedad del campo. Tal es

el caso de los amigos de la astronomía que forman redes físicas desde hace varias décadas y, en fecha reciente, redes digitales. Son verdaderos *amateurs* dada su dedicación y experiencia, pues no pueden competir con los telescopios que recolectan luz del espacio profundo pero intercambian información valiosa sobre nuestro entorno sideral. Un ejemplo de genuino amateurismo es el de aquellos que se conectan al portal de *El Astrónomo Errante*. Esta clase de grupos “acompañó” a los profesionales de la NASA durante el monitoreo del asteroide Apofis o 2012 DA 14 que se aproximó a la Tierra en febrero de este año.

Otro caso sonado es el de SETI (Search for Extra Terrestrial Intelligence). Bajo este nombre se cobijan diversos proyectos que intentan ser los primeros en captar señales de vida inteligente de otros mundos, para lo cual piden la ayuda del público aficionado al cómputo y la radio.

Desde 1999 frecuento el CERN (Centro Europeo de Física de Altas Energías), que es el símbolo de la ciencia de élite, lejana años luz del *amateur*, y en una de tantas me he topado con jóvenes expertos en informática que son intolerantes frente a esa pérdida de tiempo. No creen que ese sea el enfoque para buscar vida fuera del planeta. Por el contrario, piensan que esos recursos de cómputo ocioso y de radioaficionados deberían usarse para monitorear la cacería de especies amenazadas en África y para analizar el repunte del sida en el mundo.

Aquí mismo, en las afueras de Ginebra, se está gestando una nueva revolución en informática: el *grid* (cómputo distribuido en este caso). El jefe de Tecnologías de la Información del CERN, doctor Frédéric Hemmer, me cuenta que en sus primeras etapas participaron algunos aficionados de ciudades como Lausana y Ginebra, para quienes no fue pan comido adaptarse a las necesidades de una tecnología inédita. Y fue todo un éxito. “Al final —agrega Hemmer— nos dimos cuenta de cuán importante es que haya este clase de grupos *amateurs* en la sociedad: quiere decir que hay gente que sabrá qué hacer en caso de alguna emergencia”. —

+No apto para aficionados.

